

¿Realismo mágico? China e India en América Latina y África

Javier Santiso

La creciente influencia de algunos países emergentes está cambiando el panorama económico mundial. La irrupción de China e India se presentan como oportunidades sin precedentes para convertir el predominio de Estados Unidos y Europa en un diálogo multipolar.

El ajedrez económico y empresarial mundial se está recomponiendo a velocidad meteórica. El protagonismo de estos cambios no lo tienen únicamente los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Al contrario, algunos de los movimientos más espectaculares están llevados de la mano de las economías emergentes.

Así, a mediados de 2006, la multinacional de capital indio, Mittal Steel, deslumbró al mundo haciéndose con el control de la europea Arcelor por un monto récord de 27.000 millones de euros. Esta operación no solo creó al líder mundial del acero, con ella se plasmó la toma de control de una multinacional europea por una emergente. Este tipo de operación no es inédita, ni tampoco aislada. Años antes, la mexicana Cemex, hoy en día líder mundial en el sector cementero, inauguraba esta clase de adquisiciones. Con bases operativas y financieras en España, esta empresa genera actualmente el grueso de sus ventas fuera de México. Lo inusual de la operación de Mittal fue, comparativamente, la agresividad con la que llevó a cabo la toma de control de su rival europeo. Más allá, con este matrimonio multicultural cae un tabú: ninguna operación de adquisición está fuera de alcance para las multinacionales emergentes, ni siquiera las compras agresivas en los mercados de los países de la OCDE.

Javier Santiso es economista jefe y director adjunto del Centro de Desarrollo de la OCDE y autor de *La economía política de lo posible*. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo (BID), 2006.

China es, sin duda, el líder de este grupo selecto de economías *superemergentes* bautizadas BRICs por Goldman Sachs.¹ Pero, como lo muestra el ejemplo de Mittal, también este club abarca otras economías, como India. El número exacto de estos nuevos jugadores emergentes con impacto global está en debate. Además de Brasil y Rusia, que figuran junto a China e India en los BRICs, México, Turquía o Suráfrica son también serios candidatos para incorporarse a este selecto grupo. Sin embargo, hasta la fecha, uno sólo –China– domina esta categoría, por el protagonismo que está teniendo en todos los rincones del mundo.

Sin sorpresa, China se ha convertido en Asia en el socio comercial e industrial imprescindible de todos los demás países, Japón incluido. Pero quizá menos esperado es el protagonismo que está cobrando en rincones más alejados del epicentro de este terremoto. Así, en África, el gigante asiático está desplazando a las potencias europeas como principal actor en el continente. Igualmente, la mano *invisible* de la economía china se extiende por América Latina. Como veremos, más allá de China, se perfila también otro gigante asiático como candidato a mover ficha en los que fueron tradicionalmente los patios traseros de los europeos y norteamericanos. India, al igual que China, también está con fuerza jugando en África y América Latina.

La gran noticia de este milenio es, por tanto, el desvanecimiento de la influencia que Estados Unidos y Europa mantenían en estas zonas. La irrupción de China y, tras ella, la de India se presentan como oportunidades sin precedentes para convertir el predominio de EE UU y Europa en un diálogo multipolar.

El impacto de China en América Latina: ¿un cuento chino?

El impacto de China en las regiones más remotas del mundo está cobrando una relevancia sin precedentes. Si bien es fácilmente entendible esta influencia en Asia, sin embargo, puede parecer algo más sorprendente en África y América Latina. El papel de China en América Latina dio lugar a un diluvio de análisis y comentarios. El Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Corporación Andina de Fomento (CAF), la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) e incluso la OCDE están registrando esta situación.

En el ámbito comercial, el impacto es palpable en todos los países de la región. Para América Latina este despertar del dragón es, sin duda, una estupenda noticia. Las dos regiones son complementarias. América Latina dispone de los recursos naturales y productos agrícolas que China necesi-

1. Las siglas de BRICs corresponden a Brasil, Rusia, India y China.

ta para alimentar su crecimiento. La voracidad de la economía china, de hecho, ha contribuido a la bonanza experimentada por la región en los últimos años. Es más, por primera vez en su historia reciente, América Latina dispone de tres puntos de apoyo en el mundo: hasta los años ochenta su principal punto de apoyo (comercial) fue EE UU; en los noventa surgió un segundo punto de apoyo (financiero) con las inversiones directas masivas de los europeos y, en particular, de los españoles; ahora se estructura un tercero, el asiático, con China como principal protagonista.

En un estudio publicado por el Centro de Desarrollo de la OCDE, hemos documentado también cómo China compite con América Latina en EE UU.² En realidad, no se observa una competencia directa a excepción de México y los países centroamericanos. Si bien la competencia entre los productos chinos y los de los demás países asiáticos en el mercado estadounidense se fue incrementando en los últimos años, éste no es el caso para la mayoría de los países latinoamericanos. México es en este sentido la excepción más que la regla. Pero este país dispone de una baza en su juego competitivo excepcional para afrontar el reto chino: ser vecino de EE UU, país que absorbe el 85% de sus exportaciones. México fue, no obstante, perdiendo cuota de mercado en EE UU entre 2002 y 2005. Ésta pasó del 11,6% al 10,2%, mientras China lo adelantaba al convertirse en el segundo proveedor de EE UU.

México no podrá competir con China en términos de costes laborales. Sin embargo, tiene una ventaja competitiva clara: la proximidad con los clientes finales estadounidenses, una ventaja clave en muchos sectores industriales donde los costes de almacenamiento y las necesidades de entrega en plazos breves son estratégicos. Para México el reto futuro será cómo jugar esa baza. Esto pasará por una mejora generalizada de sus infraestructuras, redes de carreteras, ferrocarriles, puertos y aeropuertos.

El cuento chino en América Latina se viste, sin embargo, de algunas fantasías como, por ejemplo, la crónica anunciada desde Buenos Aires de una avalancha de inversiones directas chinas u, otro ejemplo, la ficción relatada por el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, de las similitudes entre un (relativamente conservador) Simón Bolívar con el “héroe anticolonial” Mao. La realidad es, sin duda, algo menos mágica y palpable en todas las estadísticas de la región. Así, por ejemplo, las exportaciones de la zona hacia China se dispararon a un ritmo vertiginoso. Las exportaciones venezolanas de crudo superaron los 3.000 millones de dólares en 2005, duplicándose con respecto al año anterior. Esto no cam-

2. Jorge Blázquez, Javier Rodríguez y Javier Santiso, “Angel or Devil? China's impact on Latin America”. Centro de Desarrollo de la OCDE, *Working Paper*, 252, junio 2006.

bia el hecho de que EE UU siga siendo el principal importador de crudo venezolano. No obstante, la creciente solidaridad *sino-latina* no deja de estremecer a la administración estadounidense, en particular la fomentada entre Caracas y Pekín.

El activismo comercial chino se prolonga también en una creciente intrusión financiera. Las empresas chinas y latinoamericanas empiezan a tejer sus redes por encima de los hombros de las estadounidenses. Así, al mismo tiempo que el gobierno de centro-izquierda ecuatoriano expulsaba a una petrolera estadounidense, también intensificaba su diálogo con China, coqueteando con sus multinacionales petroleras para seguir impulsando un sector que representa para el país el 40% de sus exportaciones. A día de hoy, más de la mitad de la producción de petróleo ecuatoriano sale rumbo a los puertos de EE UU, el resto hacia Asia y Europa. Desde La Paz hasta Caracas, la intensificación del diálogo con China coincide también con un ruido (o un silencio) cada vez más estridente entre EE UU y algunos de sus vecinos suramericanos.

No obstante, hay que poner en perspectiva estos vínculos crecientes entre Asia y América Latina. El incremento de las relaciones se inscribe en una estrategia de expansión exterior generalizada por parte de las multinacionales emergentes chinas. De hecho, de las 100 mayores multinacionales emergentes, en búsqueda de expansión internacional, casi la mitad (44) proceden de China, según un estudio del Boston Consulting Group.³ Así, en 2005, la Inversión Extranjera Directa (IED) china en el exterior alcanzó cerca de 7.000 millones de dólares, un 26% más que en 2004. El 60% se dirigió hacia Asia, pero América Latina siguió acaparando la atención con un 16% del total, convirtiéndose de este modo en la segunda región receptora de las inversiones exteriores del gigante asiático, por delante de Europa, Norteamérica o África.

En 2003, Baosteel, el principal productor de acero chino, realizó una de las mayores inversiones chinas registradas hasta la fecha en el extranjero (1.500 millones de dólares), precisamente en América Latina, en Brasil, con el socio local Companhia Vale do Rio Doce (CVRD). Un par de años después, la chilena Codelco y la china Minmetals llegaban a un acuerdo comercial de dimensiones inéditas para el productor chileno de cobre. Es posible que más allá de los flujos comerciales, pronto se desarrollen también mayores flujos de capitales entre ambas regiones. A corto y medio plazo, ésta sería una nueva buena noticia procedente de Oriente para América Latina. Ese interés inversor puede que no solo se

3. The Boston Consulting Group, *The new challenges: how 100 top companies from rapidly developing economies are changing the world*. Boston: BCG, 2006. Philip Poole et al., *Go go global*. Londres: HSBC, *Global research, Emerging markets macro team*, abril 2006.

concentre en las materias primas sino también en las infraestructuras. El objetivo de China es, ante todo, asegurarse el abastecimiento continuo de esos productos y para ello necesitará que las infraestructuras de transporte, en la actualidad deficientes en el continente, mejoren. De ahí el interés por los proyectos regionales entre Brasil y Perú, Argentina y Chile o incluso Venezuela y Colombia.

El creciente interés chino por las materias primas y las infraestructuras latinoamericanas poco tiene que ver con un impulso de filantropía. Al igual que los europeos en el siglo XIX o los estadounidenses en el siglo XX, el interés chino por el cobre y las carreteras o puertos latinoamericanos corresponde a una necesidad estratégica para asegurarse de que los insumos básicos lleguen de forma segura y alimentar su despegue. Sin embargo, de materializarse, es poco probable que estas inversiones chinas se plasmen de manera exclusiva en inversiones directas a la antigua usanza de los europeos y norteamericanos. Puede que algunas tomen la forma de créditos condicionales, con intereses bajos, para proyectos específicos cuya ejecución sea asignada a empresas estatales chinas. Estaríamos así relativamente alejados de un tipo de inversión generadora de eficiencia y empleo local a imagen de las realizadas por las empresas españolas, por ejemplo, a lo largo de la última década. Así, el gigante de las telecomunicaciones en el que se ha convertido Telefónica genera más de 130.000 empleos en toda la región (el doble que en Europa). Su contribución fiscal y, por tanto, al desarrollo de la región es igualmente abrumador: únicamente en Brasil, esta empresa inyecta en las finanzas públicas del país cerca de 3.000 millones de euros, una cantidad comparable a su contribución fiscal en España.⁴

Las inversiones chinas abrirán indudablemente una ventana de oportunidad para América Latina, pero para transformar ese cuento chino en un nuevo cuento de hadas, la región necesitará algo de imaginación. La avalancha de inversiones prometida puede que no se concrete con las magnitudes esperadas. Sin embargo, América Latina deberá reflexionar sobre cómo capitalizar esa bonanza, tanto comercial como financiera. Más allá de las materias primas, una mejora de las infraestructuras de la mano *invisible* china será bienvenida en la región. Pero igualmente, algún impulso industrial, incluso forzando la mano china, también debería estar a la orden del día: ¿Por qué no, por ejemplo, inducir a alguna in-

Telefónica genera en América Latina más de 130.000 puestos de trabajo, el doble de los que crea en Europa

4. *Informe anual de responsabilidad corporativa 2005*. Madrid: Telefónica, 2006.

dustria plástica o de fertilizantes en el ámbito de las inversiones petrolíferas? ¿Por qué no inducir alguna política industrial generadora de empleo y valor añadido? Después de todo, los chinos, campeones mundiales en política industrial, deberían entender perfectamente este lenguaje, por muchos acentos latinos que tenga.

China en el continente negro

Otro continente donde China está dando pasos de gigante, destrozando también alguna porcelana occidental a su paso, en este caso más europea que norteamericana, es África.⁵ Para las empresas francesas, belgas o inglesas, África dejó de ser un terreno exclusivo. Tienen ahora que compartir sus cuotas de mercado con los nuevos rivales chinos. Aquí, al igual que en América latina, China está redistribuyendo las cartas del juego de influencia internacional. De hecho, China ya es el tercer socio comercial de África, después de EE UU y Francia.

Para seducir a los gobiernos africanos, Pekín posee algunos ases contundentes en su manga providencial. Para empezar, a las autoridades chinas no les ofusca tener como interlocutores a regímenes autoritarios, la línea oficial es no mezclar los asuntos políticos con los económicos. De ahí, la proliferación de actividad en países donde los occidentales son reacios a operar, como Somalia, Sudán o Zimbabue. Los gobiernos europeos ven ese activismo con preocupación, ya que debilita su nueva política de vincular más estrechamente el comercio, la ayuda y los derechos del hombre. Así, en Etiopía, se sospecha que la suspensión de la ayuda europea fue compensada por China. Igualmente en Sudán, donde las acusaciones de genocidio proliferan, las empresas chinas están activamente involucradas en la construcción de una refinería y en la producción del ansiado oro negro.

Las relaciones entre China y África no son nuevas. Hace más de 600 años la dinastía Ming ya mantenía contactos esporádicos con el continente negro. El auge de esta relación en la última década es, sin embargo, incomparable y está íntimamente ligado al despegue de la economía china. África es para China un gran mercado a cielo abierto donde puede comprar todos los recursos naturales y materias primas que necesita para satisfacer la voracidad de su economía. Mineral de hierro, petróleo, cobre, níquel, en el subsuelo africano abundan recursos precisados por China.

En 2005, los intercambios comerciales entre China y África superaron los 40.000 millones de dólares, un 35% más que el año anterior. Áfri-

5. Andrea Goldstein, Nicolas Pinaud, Helmut Reisen, Xiaobao Chen, *The rise of China and India: what's in it for Africa?* París: Series del Centro de Desarrollo de la OCDE, 2006.

ca, que cuenta con el 11,5% del crudo del globo y casi el 10% de las reservas mundiales, provee ahora el 30% del crudo importado por China –principalmente desde Sudán, Angola y Congo–. Un país como Sudán reorientó totalmente sus exportaciones hacia China, más del 70% de ellas (principalmente petróleo) van a parar ahora al país asiático. Lo mismo ocurre con el Congo que exporta a China el 70% del total. Hace 10 años, los tres principales proveedores de crudo eran para China: Indonesia, Omán e Irán. Ahora, la mayoría del crudo importado por China sigue pasando por los estrechos de Ormuz y Malaca. De ahí la carrera contrarreloj para diversificar sus fuentes de abastecimiento, a lo largo de los últimos años, principalmente, hacia Rusia, Asia central y África. De hecho, en 2006, Angola se ha convertido en el mayor suministrador de crudo de China, superando a Arabia Saudí. En 2005, China se convirtió en el segundo importador de crudo africano –principalmente de Angola y Sudán–, justo detrás de EE UU. Esta apuesta africana será duradera: entre 1990 y 2004, la producción de crudo del continente aumentó un 40% y se prevé que duplique esta cantidad de aquí al final de la década. El monto de las inversiones rondaría en torno a los 50.000 millones de dólares: sería la mayor oleada de inversiones que el continente haya presenciado en su historia (hasta ahora la IED en África roza los 18.000 millones de dólares, apenas el 3% del total mundial o tres veces menos que lo invertido en China).

Igualmente, las empresas chinas están destinando cantidades significativas para capturar esos recursos. A principios de 2006, la petrolera estatal CNOOC anunció la compra, por cerca de 2.300 millones de dólares, del 45% de un pozo en Nigeria, tras superar una segunda oferta procedente de India, otro competidor asiático que también se asoma al continente africano.

Pero además del petróleo y de las minas, estamos presenciando en África inversiones chinas en sectores como el hotelero, la agroindustria y los proyectos de infraestructura. En este último caso, China diseñó una línea de crédito para Angola superior a los 2.000 millones de dólares a cambio de crudo. Incluso se están dando algunos negocios conjuntos entre las petroleras chinas e indias para invertir en África, como por ejemplo en Sudán. Estos nuevos actores están, en todo caso, desplazando a las petroleras occidentales como ocurrió con la China National Petroleum Corporation en Níger, donde le arrebató el negocio a la canadiense TG World Energy, que ya había iniciado trabajos de exploración en el desierto.

La ayuda oficial china se muestra también muy presente en África. El caso de Zimbabue es, en este sentido, paradigmático. Este país, aislado en la escena internacional, se ha convertido en un socio comercial

importante para China. En 2005, el país asiático fue el segundo proveedor de insumos de Zimbabue. Paralelamente China anunció una ayuda colosal –todavía por materializarse– a escala del país africano, por un importe cercano a 1.300 millones de dólares. Ambos firmaron acuerdos para construir centrales térmicas chinas en el país. La financiación de los créditos chinos se haría mediante materias primas (cromo).

Esta ayuda china es, no obstante, percibida como disruptiva por los occidentales, en particular por la escasez de coordinación y por lo que contradice otras acciones. Así, en el caso de Angola, mientras los occidentales están acelerando las conversaciones con el ministro de Finanzas del país

África podría quedar atrapada en una especialización de materias primas sin salir, por lo tanto, de la pobreza

para renegociar en el marco del Club de París una deuda que ronda los 9.500 millones de dólares, China ha otorgado un crédito al Estado angoleño por un monto total de 3.000 millones de dólares.

La ofensiva económica y diplomática china –no hay un año en el que los máximos oficiales chinos no viajen al continente africano– está contrarrestando el peso de los occidentales.

Como en América Latina, China busca también en África energía e influencia. En América Latina, el nacionalismo petrolero y este imán chino se están convirtiendo en pesadillas para las multinacionales estadounidenses. De la misma manera, los africanos disponen de alternativas asiáticas. Por primera vez, ambos, latinoamericanos y africanos –por lo menos para los gobiernos que poseen petróleo, gas u otros recursos naturales– no dependen únicamente de los occidentales para su exploración, explotación y exportación.

Esta bonanza china tiene para África su cara y su cruz. Es indudablemente positiva en términos comerciales, financieros e incluso políticos. Sin embargo, existe un riesgo creciente de ver como gran parte del continente africano puede quedar atrapado en una especialización de materias primas sin salir, por tanto, de la pobreza. Angola, el segundo país productor de crudo de África, es un ejemplo claro de esta ambivalencia: el país creció a tasas del 19% anual en 2005 (en 2006 se espera un récord del 27%), la producción de crudo se disparó (1,6 millones de barriles al día en 2005, con reservas cercanas a 25.000 millones de barriles. Es decir, dentro de las 15 primeras mundiales), pero más del 70% de los 14 millones de angoleños vive por debajo del umbral de pobreza. China es uno de los grandes protagonistas de este crecimiento –sin desarrollo–, al comprar una importante parte del crudo producido (37% de las exportaciones angoleñas en 2005 fueron a parar a China). Lo que no se está dan-

do en Angola es, en cambio, una diversificación económica, el país sigue encerrado en una especialización poco intensiva en mano de obra y de bajo valor añadido.

Más allá de China: India en América Latina y África

En el futuro es posible que, además de China, otro emergente asiático se profile igualmente como un interlocutor de peso, tanto para América Latina como para África. India tiene efectivamente todas las características para ello. Como China, su despegue económico es voraz en materias primas. Al igual que China, su población es muy elevada y, con ello, sus necesidades agrícolas. Sus empresas también están emprendiendo el camino de la globalización, buscando mercados y oportunidades de inversión en todos los rincones del planeta.

La vinculación entre India y América Latina es, por ahora, limitada tanto desde el punto de vista comercial como financiero. Sin embargo, ya estamos presenciando una intensificación de las relaciones (al igual que están aumentando las relaciones entre India y África). Como ya se ha mencionado, a mediados de 2006, Mittal Steel se hizo con el control de Arcelor, convirtiéndose en el líder mundial del acero. Esta operación no solo plasma la toma de control de una multinacional europea por una multinacional emergente, además tiene ramificaciones latinoamericanas importantes, Arcelor tiene una presencia significativa en América Latina y, en particular, en Brasil. Indirectamente el nexo entre India y América Latina no podía ser más espectacular.

De manera mucho más directa, también a mediados de 2006, se dio una de las inversiones más importantes en el exterior por parte de una empresa india. Se concretó precisamente en América Latina, en Bolivia. La inversión por un importe cercano a 2.000 millones de euros por parte de Jindal Steel and Power es emblemática del creciente apetito inversor en el exterior por parte de los grupos indios. Como en el caso de las empresas chinas, el interés indio por América Latina se centra en el sector de materias primas, concretamente en el minero.

Igualmente, estamos presenciando un aumento de la presencia india en África, un continente donde las diásporas indias fueron a parar en cantidades relativamente amplias en algunos países como Suráfrica o Kenia. Vedanta Resources, un grupo indio del sector minero, entró en Zambia para comprar la mayor productora de cobre del país. El mayor conglomerado indio, el grupo Tata invirtió gran parte de sus 2.000 millones de inversiones internacionales en el continente africano, principalmente en Suráfrica, Mozambique, Kenia, Zambia y Sierra Leona, en sectores que van desde la producción de calzado hasta las telecomunicaciones,

pasando por la industria farmacéutica y el sector minero. India se está convirtiendo poco a poco en una fuente decisiva de tecnología de bajo coste para África.

El mapa mundial cambia de la mano de Asia

La mayor presencia de los emergentes asiáticos en el mundo abre una ventana de oportunidad sin precedentes: el monólogo unilateral europeo y estadounidense se acabó en los patios traseros del mundo.

Esta creciente vinculación entre Asia y América Latina, y entre Asia y África, es también simbólica del gran vuelco que está dando el mundo. El centro y la periferia se están rediseñando a gran velocidad. Europa, Japón y EE UU se desvanecen como centros omnipotentes, para dejar plaza a una configuración más atomizada donde surgen islas que se están convirtiendo en continentes. Esta tectónica está siendo, en gran parte, activada por las multinacionales emergentes, empezando por las chinas e indias. Pero la oleada es mucho más amplia: desde la mexicana Cemex a la india Infosys, pasando por la china Huawei o la rusa Gazprom, están provocando un cambio sin precedentes en el mundo empresarial.

En este rediseño del mapa mundial, América Latina y Asia juegan un papel central. Sus empresas ya se están articulando entre ellas. En el futuro veremos más vinculaciones, directas o indirectas, entre las multinacionales del Sur. Conforme las empresas chinas se vayan globalizando también tomarán pie directa o indirectamente en América Latina, a la imagen de China Mobile que buscó en 2006 hacerse con Millicom International por un monto superior a 5.000 millones de dólares, una empresa domiciliada en Luxemburgo pero con negocios en 16 países en desarrollo, muchos de ellos en África, pero también con presencia en América Latina, en particular en El Salvador.

Esta situación se dará entre todas las regiones del mundo incluso entre Asia y África, como hemos visto, pero también entre África y América Latina, como lo mostró el año pasado la adquisición de la colombiana Bavaria por parte de la multinacional surafricana SABMiller en el sector de la cervecería. Asimismo, las multinacionales brasileñas empiezan a interesarse por el continente africano. Aunque, sin duda, el mayor potencial seguirá centrado en Asia y América Latina y las operaciones se seguirán haciendo de la mano cada vez más visible de las empresas chinas y, quizá, indias.

Para América Latina y África, ambas vinculaciones asiáticas, se presentan también como un doble reto. Para los países productores de materias primas la demanda china y el interés indio son buenas noticias a corto plazo. Contribuyen al *boom* exportador latinoamericano y africa-

no. Sin embargo, este mismo auge podría anestesiar toda voluntad de diversificación más allá de las materias primas. Emprender la subida en la escala del valor añadido de sus exportaciones, como lo hicieron en su día México, Brasil, Chile y Suráfrica, sigue siendo importante para mantenerse en la carrera internacional y no dejarse encerrar como gran parte de África en el callejón de difícil salida de las exportaciones de bajo valor añadido. Pero, por si fuera poco, las minas y los pozos de petróleo no son grandes generadores de empleo.

Es aquí donde aparece el segundo reto: esta diversificación, para los países que no la emprendieron, interviene en un momento crítico, precisamente cuando China e India están irrumpiendo en los mercados internacionales con sus productos manufactureros e industriales, algunos de alto valor añadido y tecnológico.

Pero igualmente, para los países que ya la emprendieron el desafío no será menor. Para los países latinoamericanos que consiguieron dotarse de alguna diversificación, como México, Argentina, Brasil o Chile, el desafío asiático

Países como Argentina, Chile y Brasil o Suráfrica deberán innovar y reducir costes de transacciones

opera igualmente como una alerta para despertarse de un sueño que podría convertirse en pesadilla. Lo mismo ocurre en el continente africano con Suráfrica, uno de los emergentes más dinámicos del continente, que ha conseguido dotarse de multinacionales punteras, incluso en sectores industriales. México es, sin duda, un caso aparte en este panorama. Dispone de una baza imparable, la proximidad con EE UU le otorga una ventaja comparativa enorme. México necesitará, sin embargo, mejorar sustancialmente sus infraestructuras de transporte. Los demás países, en cambio, sea Argentina, Chile y Brasil en América Latina o Suráfrica en el continente africano, deberán conseguir innovar y reducir costes de transacciones, para seguir moviéndose en la cadena de valor añadido.

Todas deberán, en todo caso, contar, para bien y para mal, con los gigantes asiáticos. No existe, por el contrario, fatalidad. El malestar o el bienestar no son eternos. China e India pueden ser ángeles hoy y demonios mañana. Pero algo es seguro: para evitar que el vuelo del dragón los derribe o que la carrera del elefante los atropelle, los emergentes latinoamericanos y los países africanos deberán esquivar y seguir en movimiento. La libertad de acción (o de inacción) les abrirá (o cerrará) ventanas de oportunidad: el éxito dependerá, una vez más, de lo que hagan o dejen de hacer.